

Año LXXXIV. urtea

287 - 2023

Septiembre-diciembre

Iraila-abendua



Príncipe de Viana

SEPARATA

Recuerdo de Ángel Urrutia

Arturo Redín Berdonces

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXXIV · n.º 287 · septiembre-diciembre de 2023
LXXXIV. urtea · 287. zk. · 2023ko iraila-abendua

EL POETA ÁNGEL URRUTIA (1933-1994):
EVOCACIONES ACADÉMICAS Y LITERARIAS
ÁNGEL URRUTIA POETA (1933-1994):
OROITZAPEN AKADEMIKOAK ETA LITERARIOAK
Consuelo Allué Villanueva (coord./koord.)

Presentación / Aurkezpena 567

Una presentación a las fuentes para el estudio de la vida y la obra de Ángel Urrutia
Consuelo Allué Villanueva 571

ESTUDIOS / IKERLANAK

Ángel Urrutia, vida y literatura
Consuelo Allué Villanueva 601

«Eres todo mujer: tu sexo escribe / lo mejor de tu alma por mi cuerpo».
Una aproximación al erotismo *urrutiano*
Isabel Logroño Carrascosa 635

Existencialismo y trascendencia en *Sonetos para no morir* (1965)
de Ángel Urrutia Iturbe
Carlos Mata Induráin 647

Ángel Urrutia y sus relaciones con la Literatura Hispanoamericana
Evangelina Soltero Sánchez 675

Manifestaciones vanguardistas en la obra de Ángel Urrutia
José Javier Alfaro Calvo 699

La *Antología de la poesía navarra actual* (Ángel Urrutia, 1982) en su contexto
Jesús Arana Palacios 713

El Grupo de Poesía Ángel Urrutia: un homenaje del Ateneo Navarro
y de la juventud
Francisco Javier Olivar de Julián 731

Sumario / Aurkibidea

APÉNDICES / GEHIGARRIAK

Evocaciones de Ángel Urrutia

Consuelo Allué Villanueva 741

Participación de poetas /

Poeten parte-hartzea

El libro, el hombre

Marina Aoiz Monreal 779

Una carta de pájaros cercanos

Marina Aoiz Monreal 781

Angel Urrutia, euskal parnasora igo zen nafar olerkaria

Juan Karlos Lopez-Mugartza 783

Recuerdo de Ángel Urrutia

Arturo Redín Berdonces 797

Ángel Urrutia, faro de poetas

Javier Asiáin 799

Antología de afectos para Ángel Urrutia

Javier Asiáin 801

Entrevistas a Ángel Urrutia /

Ángel Urrutiari egindako elkarrizketak

Agenda cultural de Radio Nacional de España

RNE 803

Ángel Urrutia, rimando la vida

Amaya Arrondo Celaya 807

Entrevista a Ángel Urrutia

Santiago Beruete, Pablo Sotés 813

Currículums 817

Analytic Summary 821

Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak /

Rules for the submission of originals 825

Recuerdo de Ángel Urrutia

Arturo Redín Berdonces

DOI: <https://doi.org/10.35462/pv.287.14>

Si bien la poesía es el terreno del misterio, hay quizá un misterio mayor que ha ido creciendo con el tiempo hasta alcanzar hoy el grado de impertinente: ¿existen los poetas?, o bien, ¿dónde están?, ¿qué aspecto tienen? Aceptamos, de un modo indolente, que los libros de poesía los escriben los poetas, o los escribieron ya, en una época en que pisaban la tierra como los dinosaurios y dejaron sus huellas, y aún tuvieron tiempo de ejercer cierta «influencia social». Pero, hoy por hoy, hay motivos suficientes para dudar de su existencia. Pues los poetas adolecen de cierta condición virtual; o bien pertenecen al pasado o habitan en un mundo platónico y paralelo al nuestro, donde es posible eludir los pequeños enredos cotidianos, los achaques de la salud y la declaración de la renta. Me siguen divirtiendo ciertos juegos verbales, paradójicos, inagotables y algo insulsos como ¿el poeta nace o se hace? Este es particularmente significativo porque escamotea la verdadera cuestión: ¿existe realmente el poeta? Esta es la pregunta pertinente. Y mi respuesta preferida sería: «se han visto huellas de dinosaurios».

Puedo asegurar que hacia 1977, en Pamplona, había al menos un poeta que pisaba la calle y exudaba el mismo tipo de achaques y problemas que el resto de los mortales. Entré en contacto con él en la oficina de la Unión de Agricultores y Ganaderos (UAGN) de la Medialuna, donde trabajaba, y su nombre era Ángel Urrutia. Dicho así, el caso exhibe la misma mezcla de testimonio barato y patético misterio que un avistamiento de ovnis, pero no encuentro una similitud más apropiada. Pues, así como no es posible entrar en contacto con los extraterrestres si uno no frecuenta hasta el hartazgo las revistas de ufología, entonces no era posible conocer a un poeta si uno no se sentía, de alguna manera, llamado. Y esa era, exactamente, mi situación hacia 1977. Tenía quince años, había sido abducido por la poesía y –a juzgar por la opinión de quienes me rodeaban– vivía siempre en la Luna. Estaba, por tanto, preparado para conocer al primer poeta en carne y hueso de mi vida: Ángel Urrutia.

Tras la muerte del caudillo –y una vez comprobado que estaba muerto y bien muerto–, después de lo que se llamó la noche del franquismo, comenzaban a darse los primeros signos de vida literaria en Pamplona. O, al menos, vida literaria pública, y uno de esos signos era la revista *Río Arga*, que auspiciaba, dirigía y distribuía con su propio troncomóvil por las librerías Ángel Urrutia. Cada tres meses aparecía en los escaparates de Pamplona, con sus hojas de cartulina grapadas, sus dibujos a plumilla y ostentando cierto aire decimonónico que contribuía a hacerla especialmente entrañable. Pero, para

mí, para aquel adolescente de quince años, los nombres de los poetas que publicaban y sus textos seguían compartiendo el mismo exotismo y la misma virtualidad que Vallejo, Neruda o Manrique. Cuando recibí aquella carta de Ángel Urrutia –una carta real, palpable, terrena– anunciándome la publicación de unos poemas que yo había enviado y citándome en las oficinas de la UAGN para conocernos todo cambió.

A partir de ahí, todo fue muy rápido. Ángel Urrutia me introdujo en las tertulias que convocaba los últimos viernes de cada mes en el café Niza y entonces aquel adolescente solipsista pudo comprobar que hay misterios ante los que es mejor mantenerse callado: haber conocido a un poeta de carne y hueso era ya algo excepcional, pero diez o doce poetas reunidos en un café de una ciudad tan pequeña tenían más bien el aspecto de un complot. Las tertulias eran nocturnas. Los poetas –Jesús Mauleón, Salvador Muerza, Víctor Manuel Arbeloa, Fermín Anzizar, Fernando Luis Chivite, Jesús Górriz, Hilario, Santiago Beruete, José Antonio Vitoria, Martín Zalba, Blanca Gil, Maite Pérez Laumbe, etc. – comenzaban a aparecer hacia las nueve o diez de la noche, una vez vaciado el local de cafeteros de la tarde y coleccionistas de sellos que tenían allí su mercado. Hacia las once, solo quedaban por allá los taurinos, con su tertulia propia y un tanto intempestiva, y los poetas. Creo recordar también de cuando en cuando la música de un piano instalado en el piso de arriba y, por supuesto, la concurrencia de más de un habitante de la noche que se colaba en el local avanzada la velada. Hubo un tiempo en que compartimos incluso copas y alguna que otra trifulca con los parroquianos del Viana Club, en la calle Jarauta. ¿Era aquello una generación literaria? Yo creo que se trataba más bien de un cruce de generaciones apadrinados por la figura de Ángel Urrutia, un cortejo variopinto de confabuladores en penumbra que exhalaba un cierto aire fundacional en torno a la revista. Hubo quien procedía de la poesía social y la lucha política, hubo quien unía a ello la formación seminarista, y hubo quien, simplemente, salía del silencio, de la tristeza del franquismo, del páramo literario. Los pipiolos, más o menos rebeldes, más o menos ingenuos y narcisistas, veníamos casi todos bendecidos por Urrutia; abríamos los ojos en las tertulias y devorábamos cualquier novedad literaria que se nos ponía por delante.

No quisiera traicionar el recuerdo pero que creo que, en aquellos tres o cuatro años de asistencia a las tertulias, en ese tiempo en que conocí por primera vez a los poetas –al menos como cabe imaginárselos– y tuve amigos como F. L. Chivite o Santiago Beruete, leí más rápido, aprendí y compartí con más intensidad que en buena parte de mi vida. Puedo aventurar también que, de no ser así, mi vida habría sido diferente. Reconocerle hoy esa oportunidad a Ángel Urrutia es quizá el mejor homenaje que pudiera hacerle. Sin su poder de convocatoria para con sus compañeros de generación y su liberalidad para con los jóvenes que aparecíamos, nada de todo aquello habría sido posible. Creo también –y esto es ya solo una especulación que me digo en voz baja– que el poeta Ángel Urrutia tuvo mala suerte con su época; que, en cierto modo, esta le tocó al traspies; privado durante su juventud de la complicidad de una generación literaria con la que compartir y avanzar a la luz del día y en libertad. Cuando esta llegó por fin, se vio quizá urgido a recuperar ese tiempo arrebatado, urgencia a la que dio salida en sus labores de antólogo, recopilador, descubridor de nuevos poetas, etc. Pero, como poeta, siguió trabajando en soledad. En su obra se trasmite un gran trato con la soledad, pero un trato universal. Fue lo que había aprendido y lo que quería enseñar.